

\*\*\*\*\*  
V O Z L U T E R A N A  
\*\*\*\*\*

Revista Trimestral de Teología y Homilética  
Luterana. -- Editor: Dir. Fr. Lange.

---

---

Núm. 3 Tercer Trimestre - 1954 - Año 1.

---

---

CONTENIDO

	Página
Jesús el Juez del mundo.....Fr. Lange	1
¿Cómo ha de practicarse la cura privada de almas?.....J.G.berndt	13
¿Hay tal cosa como modernismo? .....A.Lehenbauer	22
MATERIAL HOMILETICO (Bosquejos de Sermones).....	25
EL OBSERVADOR - Los rollos del Mar Muerto.....Fr. Lange	50
Platos Voladores.....Fr. Lange	51
Der "Hoellenstreit in Norwegen".....Fr. Lange	53
BIBLIOGRAFIA - "Evangelisch- Lutherische Treikirchen in Deutschland".....Fr. Lange	55
Ur, la ciudad de los Caldeos.Fr. Lange	56
"Kritik an Bultmann".....Fr. Lange	59
TRATADOS.....Fr. Lange	60
Notas.....S.H.Beckmann	60

---

---

Publicado por  
La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica  
Luterana Argentina

JESUS EL JUEZ DEL MUNDO  
( Continuación )

Tesis 3. En el día postrero todos los muertos serán resucitados. Todos los hombres se presentarán ante el tribunal de Jesucristo para escuchar el fallo sobre su vida temporal. El fallo es la confirmación del evangelio en las obras de la fe. La decisión del juez es definitiva y eterna. Una apokatastasis en el sentido de una nivelación de la decisión doble a la condenación y a la bienaventuranza eterna no está de acuerdo con el testimonio abrumador de las Escrituras sobre la gracia de Dios en Cristo Jesús.

Idem Christus rediturus est ut iudicet vivos et mortuos. De esto confesamos en el Catecismo Menor: "En el postrer día me resucitará con todos los muertos". Cristo, al decir que todos los pueblos serán reunidos alrededor de su trono, habla también de la hora en que todos los que están en los sepulcros oírán su voz y saldrán; los que hicieron bien, para resurrección de vida, y los que hicieron mal, para resurrección de condenación. ( Juan 5,29 ) .

Aquí caben también las palabras de Pablo 2. Cor. 5,10 y Rom. 14,10: "Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo"; y Hech. 24,15: "que ha de haber resurrección así de justos como de injustos".

Por motivo de la estrecha relación entre la parusia (segunda venida) del Señor y la resurrección general los antiguos dogmáticos rechazaron un milenio después de la parusia y una doble resurrección.

Con respecto a la idea de un milenio entre la parusia de Cristo y la resurrección general, Tomasio observa que Apoc. 20. es el único pasaje que parece obligarnos a intercalar un período intermedio entre los acontecimientos escatológicos. El dice: "hay que considerar además que todas las epístolas pastorales y esto tiene mucho peso no mencionan con palabra alguna el quiliismo; sino que allí don-

de llaman la atención sobre la venida de Cristo, determinan como su objetivo el juicio sobre vivos y muertos. 2. Tim. 4,1; hay que tener presente que Pablo además relaciona inmediatamente la venida del Señor con la salvación y glorificación de los creyentes y con la comunión eternamente perfeccionada con Él, (1. Cor. 4,16,15) que no queda lugar para una fase intermedia, ni antecedente ni subsiguiente; es preciso tener en cuenta que también los restantes apóstoles no hablan en ninguna parte a las congregaciones acerca del milenio, ni para consuelo, ni para exhortación, sino que las mandan esperar en el día del Señor como el momento en que se realiza la transformación del viejo mundo en un mundo nuevo 2. Pedro 3,11,12."

Al confesar: "Idem Christus palam rediturus est, ut judicet vivos et mortuos" subrayamos la resurrección de toda la carne. Lutero dice de este artículo: "también los otros artículos de nuestra fe cristiana son difíciles de creer, pero este es el más difícil de todos. El motivo es que ningún otro es tan contrario a la experiencia humana. Pues se ve claramente que todo el mundo es arrebatado por la muerte: emperadores y reyes, nobles y humildes, jóvenes y viejos: en suma, todos los hijos de hombres, uno tras otro, son entregados al sepulcro y enterrados. A éste lo devoran las bestias, a aquél lo mata la espada, un otro es quemado por el fuego; a éste lo comen los gusanos en la tierra, a aquél los peces del mar, al otro las aves del cielo. Con todo esto resulta muy difícil creer que los hombres muertos de tan diversa manera, vivirán de nuevo y que los miembros de los hombres dispersados tan completamente y aniquilados en el fuego, en el agua y en la tierra, se congregarán de nuevo y que el alma del hombre se alojara otra vez en el mismo cuerpo en que habitó y que el hombre tendrá los mismos ojos, manos, y pies, sin que el cuerpo con sus miembros tenga un otro ser. (adquiera una esen -

cia diferente).

El que se siente confundido por tales ideas debe observar bien las palabras "idem" Christus". Con tal "idem" se llama la atención sobre todo lo que la Iglesia confiesa de Cristo, esto es, que el mismo Cristo ha resucitado en verdad al tercer día de entre los muertos".

El que vuelve a resucitar a los muertos es aquél "que es parecido al Hijo del Hombre y dice: No temas, yo soy el Primero y el Postero; yo soy el Viviente; y yo estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos; y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro."

Tal conexo entre la resurrección de Cristo y la nuestra en el día postrero encontramos repetidas veces en las Escrituras (Rom. 14, 9 "Por esto mismo Cristo murió y tornó a vivir para que fuese Señor así de los muertos como de los vivos." Compare 1. Cor. 15, 12 sig.; Juan 11, 24 sig. Job. 19, 25-27; 1. Cor. 6, 14). El que por su parte resucitó de los muertos, volverá; por eso también los muertos serán reunidos frente a El.

Contra las dudas y preguntas con respecto a la posibilidad de la resurrección de los muertos, el Señor mismo da la respuesta majestuosa: "No erráis por esto mismo, porque no conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios? .... Nunca leísteis en el libro de Moisés, en el pasaje acerca de la zarza como le habló Dios diciendo: "Yo soy el Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob? No es Dios de muertos sino de vivos; porque para con él, todos ellos viven; así que vosotros erráis gravemente". (Marc. 12, 24 y sig. Lev. 20, 38)

Se trata pues aquí no de un creer en la inmortalidad sino de la revelación divina que sobrepasa ampliamente toda especulación y experiencia de hombres, de la revelación de Dios que en su poder divino resucita a los muertos.

La palabra "porque para con él, todos ellos viven", debe bastarnos como respuesta a la

pregunta siguiente: "Cuál es la situación del hombre entre la muerte y la resurrección?" La teoría de Platón sobre la inmortalidad del alma no concuerda con el mensaje de la Iglesia. Platón al igual que toda la filosofía, desconoce la seriedad de la muerte, que es el juicio de Dios sobre el hombre entregado al pecado según cuerpo y alma. Pero tampoco podemos decir que todo haya terminado con la muerte. Rechazamos la opinión de C. Stange: "Puesto que los impíos no tienen parte en Cristo, tampoco tienen parte en la vida eterna. Terminan con el mundo visible. No hay en ellos nada que sobreviva la muerte. Tampoco existe propiamente dicho una destrucción de los impíos, porque ya no queda de ellos nada que pueda ser destruido".

(Citado por Kuehnet: "Theologie der Auferstehung", pág. 246) Tan seguramente como el hombre que se ha rebelado contra Dios no podrá abrirse paso a la vida eterna por su solo afán a la inmortalidad, tan seguramente no podrá destruirse a sí mismo aunque se lo propusiera. El hombre creado originalmente por Dios para la vida no puede desmoronarse sencillamente en la nada. Ningún hombre puede escapar a Dios, el Señor de su vida y su existencia. Ningún hombre puede escapar al juicio (Apoc. 6, 14-17; Am. 9, 2; Sal. 139, 7-2) Pero la continuación de la existencia después de la muerte no se debe al hombre, a la cualidad de su personalidad espiritual, sino solamente a Dios, el Señor y Creador de nuestra vida.

Las Escrituras dicen poco sobre el estado del hombre entre la muerte y el juicio, pero esto sí afirman que nadie puede escapar a Dios. Todos están en la mano de Dios. Piénsese en el ladrón de la cruz, en Esteban, en el deseo de Pablo de morir y estar con Cristo, en las almas de los decapitados, pero también en el pobre Lázaro y en el hombre rico. Lutero dice de los muertos: "Están más allá de todo tiempo, hora, año y lugar, pues lo que está fuera de esta vida corporal, se encuentra más a-

llá de todo tiempo y lugar...Nos vamos y vol-  
vemos en el día postrero antes de darnos cuen-  
ta y no sabremos cuánto tiempo hemos quedado  
afuera...pues en esta cuestión hay que exclu-  
ir el tiempo, y hemos de saber que en aquél  
mundo no habrá tiempo, ni hora sino que todo  
es un momento eterno..." Sunt itaque mortui  
extra locum, quia quidquid extra hanc vitam  
est, extra locum est". Estas palabras nos tra-  
en a la memoria la tesis de P.Althus sobre  
la relación entre el tiempo y la eternidad ,  
donde se lee: "Sólo sabemos que antes de la re-  
surrección está la muerte y que los muertos  
están en la mano de Dios."

En las Confesiones no se encuentra ninguna  
afirmación sobre el estado del hombre entre  
la muerte y su resurrección, excepto las bre-  
ves palabras en la explicación de la 7. peti-  
ción: "Y nos lleve benignamente de este valle  
de lágrimas a sí mismo en el cielo".

Edm.Schlink dice que con esto los libros  
simbólicos nos indican muy concretamente que  
cada uno tiene que decidirse aquí en la tie-  
rra en la lucha final entre el reino del diab-  
lo y el reino de Dios.

En el día postrero los vivos y los muertos  
serán presentados delante del tribunal. Son  
juzgados según lo que hayan hecho, sea bueno  
o sea malo. Hebr.9,27 nos dice "que está decre-  
tado que los hombres mueran una sola vez y  
después de esto el juicio". Las actas de la  
vida son selladas en el momento de la muerte.  
Después de la muerte no existe ninguna posibi-  
lidad de corregir la decisión hecha en vida .  
La esperanza en una salvación todavía en el  
infierno, aunque aparenta ser misericordiosa,  
no es de ningún modo evangélica, sino que es  
la muerte del evangelio verdadero porque sedu-  
ce al hombre a diferir su arrepentimiento ha-  
ta después de la muerte. Con la pregunta acer-  
ca de la suerte de aquéllos que aquí en esta  
vida no han oído nada de Cristo, pisemos un  
terreno oculto y cerrado para nosotros.

Allí empiezan los misterios de Dios, ines -

crutables para nosotros.

Nuestra tarea es y será hasta el último momento: "Haced discípulos entre todas las naciones". La respuesta dada por el Señor a preguntas tales como por ejemplo la suerte de aquéllos que todavía no han oído el evangelio, la encontramos en Luc. 12,47 y 48. "El siervo que conoció la voluntad de su Señor, y no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad será castigado con muchos azotes; mas el que no supo, e hizo cosas dignas de azotes, será castigado con pocos azotes: Porque a todo aquel a quien se ha encomendado mucho, mucho le será exigido, y a quien se ha encomendado mucho, más será demandado de él". Por eso no nos corresponde sutlizar ni especular sino llevar a la práctica lo que nos fué encomendado.

El asunto en cuestión nos hace recordar lo que dijo el Señor a Capernaum (Mat. 11,24): "Pero os digo que será más llevadera la condena de la tierra de Sodoma en el día del juicio final, que la de tí".

Allí Cristo no solamente quiere decirnos que hay diferencias y grados de la condenación, sino que ante todo, quiere advertirnos del pecado que provoca el castigo más grave de Dios. Esto es el menosprecio de su evangelio o de la sola gracia. Esto concuerda también con Juan 16,9 donde se menciona como el pecado el hecho de "que no creyeron en mí". Esto se destaca también en las palabras de Cristo sobre el día postrero.

El se presentará como el Hijo del Hombre. "Idem Christus palam rediturus est-(qui) vere passus, crucifixus, mortuus et sepultus, ut reconciliaret nobis patrem et hostia esset".

El que antes compareció ante el tribunal por causa de nosotros, el mismo hará entonces justicia, vestido de toda su gloria. Pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones (1. Cor. 4,5)

Dios juzgará por medio de El lo oculto de los corazones según el evangelio y predicado

en el mundo. El hombre ve lo que está delante de sus ojos.

No es capaz de distinguir exactamente entre obras que hacemos por causa de nosotros y aquellas que realizamos por Dios, entre obras efectuadas con miras a una recompensa y obras hechas por gratitud. Pero Dios mira el corazón. Obras realizadas para ganar algo y para ser elabado por los hombres no son reconocidas por El. Ya tienen su galardón, como Cristo lo afirma en el "sermón de la montaña" Y así será en el día postrero. Tanto los que dicen: "Señor, si te hubiéramos visto, seguramente te habríamos servido", pero que estuvieron como no atractivas las obras ocultas en bien de los menesterosos o desheredados. (Mat. 25,44-46) como también aquéllos que creen en poder presentar varias cosas que según su criterio el juez debiera haber notado. (Mat. 7,17-23), todos éstos tendrán que oír el terrible "apártate de mí". Pero en los que son colocados a su derecha, Cristo hace público el poder de la fe por medio de las obras del amor desconocidas por ellos mismos. Pues nunca pensaron ganar o merecer algo por estas sus obras, sino que siempre estaba presente en su corazón la pregunta: "Cómo podré corresponder a Jehová por todos sus beneficios derramados sobre mí?" A éstos, Jesús los llama también sus ovejas y benditos de su Padre a los cuales el reino ya fué destinado mucho antes que hicieron una obra. Así la Apología tiene razón al confesar: "Si pues alguien creyera conseguir perdón de los pecados por tal motivo alegando poseer el amor, un tal deshoara e insulta a Cristo, y, al final cuando tenga que presentarse ante el juicio de Dios, encontrará que tal confianza fué en vano". Más aún, en aquél se evidenciará que realmente la fe es algo vivo, activo y poderoso. Sólo entonces se verá cuántas obras realmente buenas hicieron en la fe. Quedemos asombrados por el poder del Evangelio que en aquel día se demostrará, el poder del Bautis-



mo, de la Santa Cena, de la exhortación fraternal. Quedaremos asombrados por la amplitud y lo incondicional de la gracia que arrebató a tantos hombres dados por perdidos como a un tizón de en medio del fuego, según la palabra de Joel, citada muchas veces por San Pablo y San Pedro: Seré que todo aquél que invoca el nombre del Señor será salvo". Pero también habrá un fuerte asombro y espanto por la dureza incommovible y la seriedad de aquel juicio sobre toda hipocresía. Se demostrará entonces, qué bien fundada era la advertencia de las Escrituras ante la incredulidad y con esto ante las obras de la carne; cuán miserablemente muchos echaron a perder la fe y con esto la salvación eterna con pecados secretos y públicos: fornicación, impureza, o avaricia, por envidia o envidia, por falta de conciliación y sinceridad, por palabras frívolas y un mal ejemplo, por idolatría y desesperación. Aún los hechos y sacrificios más impresionantes, aunque se hayan adornado con el nombre de Cristo, no podrán corromper al juez. El separará el tamo del trigo, la cizaña del grano bueno; recogerá los serbios que querían llevar frutos de sí mismos y los echará al fuego. Pero a los que permanecieron en Cristo y en su debilidad siempre de nuevo se dirigieron a El y llevaron fruto en El, los podrá y los limpiaré completamente para llevar el fruto perfecto para que su gozo se haga completo. Entonces cumplirá en un momento su promesa "edificaré mi iglesia".

Sus palabras consoladoras y a la vez humildes como si fueran a bajar al duro calor y a la angustia prolongada y no obstante ya anunciadoras de la victoria: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" se transformarán entonces en palabras que expresan el otro punto del tema: "El prevalecerá contra las obras del Diablo" como lo leemos en el Hermas. El fallo del Hijo de Dios hecho Hombre completa y asegura el edificio de su iglesia. Por última vez el mundo le oye, cuando el dirá: "Ve-

nid benditos de mi Padre, poseed el reino destinado para vosotros desde la fundación del mundo"; pero de la misma boca que ha invitado tantas veces, sale también la otra terrible palabra: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles". Si antes las palabras de Jesús llamaron para decisión, entonces pronunciarán la división. Con su palabra: "Venid" y "Apartaos de mí" él apartará a los hombres los unos de los otros como el pastor aparta las ovejas de las cabras. Sólo habrá estos dos grupos, un tercero no existe. Y si el fallo ha sido pronunciado, no habrá ninguna escapatoria: "Irán al suplicio eterno, pero los justos a la vida eterna" (Mat. 25, 46) tener que apartarse de Dios esto es lo más terrible en este fallo. El hombre que en su pecado quiso vivir sin Dios, debe estar en la condenación sin Dios. Todas las paredes protectoras entre Dios y el hombre habrán caído. El hombre tiene que ser entonces lo que ha querido ser: el hombre por el cual Dios ya no se preocupa, el hombre echado por Dios. Debe quedar entonces sin Dios y por eso también sin toda esperanza, según el juicio divino; y tal juicio rige para el hombre entero según el cuerpo y el alma. El hombre entero, según cuerpo y alma, fué echado por Dios, el hombre entero se separó de Dios, el hombre entero cayó bajo la ira de Dios por haber rechazado la salvación preparada por el que resucitó corporalmente de los muertos. (Compare Vogel "Dios en Cristo", pág. 512) La decisión del juez es irrevocable, definitiva, es eterna. Ex inferno nulla redemptio. Aquél que quisiera negar los suplicios eternos del infierno, debería entonces negar también la vida eterna. Ambas están coordinadas. (Mat. 25, 46; Apoc. 14, 11 y 21, 8).

Es cierto que el hombre tocado en su conciencia propia e impresionado por esta verdad debe callarse sabiendo que no está autorizado de ninguna manera a rebelarse. Sin em-

bargo, al oír tal fallo y al considerarlo como si no estuviéramos implicados siempre de nuevo estamos inclinados a presentar todavía preguntas y buscar una salida. En su Teología del N.T. Stauffer por un lado establece: "La idea de la condenación eterna se ha proclamado en el T.T. muchas veces y con suficiente claridad (Marc. 9, 48; 2. Tes. 1, 9; Hebr. 6, 2) Especialmente Juan lo ha llevado hasta la última consecuencia". Pero después Stauffer sigue: "No obstante la Iglesia primitiva nunca renunció a las esperanzas de que la voluntad salvadora del Dios Misericordioso y todopoderoso vencería también la última negativa del mundo autónomo... el principio de la Glória Dei exige y garantiza la victoria final de la misericordia divina. A El será la gloria para siempre". Con respecto a esto debemos observar que no nos corresponde filosofar por el honor de Dios; antes bien si le queremos honrar, debemos resignarnos y adorar ante El que es inescrutable e incomprensible. Vogel en su dogmática "Dios en Cristo" pág. 1017 dice acertadamente refiriéndose al Apocatástasis: "Parece ser evidente, por no decir plausible, para la razón del hombre religioso-ético. Pero está contra las afirmaciones que determinan la línea fundamental de las Escrituras".

No hay ningún pasaje que nos anime y autorice a especular sobre posibilidades más allá del límite puesto por Dios. Pasajes como Juan 3, 36 y Marc. 16, 16 son tan serios que no podemos y no debemos atrevernos a tales especulaciones. Con esto estamos frente a las últimas afirmaciones acompañadas por algunas breves explicaciones.

No nos corresponde especular sobre la seriedad de la decisión de aquel día, sino que debemos testimoniarlo (bezeugen) decididamente a nosotros y a otros en la Iglesia y en el mundo para el arrepentimiento y para el consuelo que resiste a toda prueba.

En el año 1523 Keckenberg se pronuncia categóricamente contra la opinión de los secta

rios de que finalmente todos los hombres deberán salvarse. Pero seguidamente continúa: "Sería otra cuestión si Dios pudiese dar la fe a algunos en su muerte o después; y quién podría dudar de que podría hacerlo? Pero que lo hará no puede ser demostrado". Ciertamente tenemos que atenernos a la palabra. Seremos testigos de cosas estupendas y nos fué prometido lo que ahora vemos obscuramente como por medio de un espejo, lo veremos entonces cara a cara. La divinidad de Dios y la majestad de su gracia y de su santidad confundirá todo lo que aquí especulamos e inventamos. Vogel dice: "Respecto a la divinidad de Dios es verdad que esa divinidad es desconocida y desfigurada a una caricatura especialmente allá donde nos imaginamos el majestuoso derecho de la gracia divina como subordinado al postulado de un amor divino ideal o también de una divina armonía final que implicará que la gracia de Dios deberá ser entendida de un modo sumamente trivial, como que el buen Dios finalmente debería cerrar un ojo.

Es una conclusión errónea tratar de refundir el dominio de la gracia de Dios que realmente también en su gracia es el Señor supremo, en la fórmula de la restitución de todas las cosas".

Al fin: Las amenazas del Señor con el juicio eterno, su sacrificio y su evangelio son demasiado urgentes, demasiado grandes para que podríamos atrevernos a someterlos a la más leve especulación. Además están dirigidas en primer lugar personalmente a nosotros. Nos enseñan que no disponemos de nada, absolutamente nada contra la eterna ira de Dios. Debemos confesar que ante su juicio estamos eternamente perdidos, si no fuésemos librados de tal angustia por nuestro Señor Jesucristo. El juicio que tenemos que afrontar es por cierto un juicio inimaginablemente serio. Pero todavía podemos oír con júbilo y confesar el "idem". Aquél que vendrá para juz

gar ya vino unavez "ut reconciliaret nobis patrem et hostis esset". En El hay que refugiarse, y esto, hay que hacerlo hoy mismo. Hay que permanecer en El. A El hay que dirigir y llamar a todos los que nos son encomendados y que encontramos en nuestro camino. No sólo a medias, no sólo debilmente, como si tal vez hubiera alguna otra salvación. Pero tampoco con timidez y con el pensamiento que nuestro llamado quizá no siempre tendrá éxito. "Pues tal llamamiento de Dios que se lleva a cabo por medio del mensaje de la Palabra, no debemos considerarlo como ilusión, sino que hemos de saber que de esta manera Dios revela su voluntad...y puesto que el Espíritu Santo quiere ser efectivo, fortalecer, conceder su poder y ánimo, es entonces la voluntad de Dios que aceptemos, creamos y sigamos la palabra. (Fórmula de la Concordia Sól. Decl. Al) Aquel a quien haya conmovido en la conciencia la palabra del Christus rediturus acerca del juicio en que todos debemos ser manifestados y el que conozca a este Cristo que por nosotros se hizo hombre, murió y resucitó, un tal no puede especular. "Aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo". "El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna". Y para no ocultar la urgencia y singularidad de esta palabra hay que agregar: "Mas el que no obedece al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanecerá sobre él". Tenemos que ser sus heraldos, no filósofos que se fijan en las señales del tiempo presente apartando sus oídos de la verdad y volviéndose a las fábulas. Frente a tal peligro cabe la exhortación de San Pablo "Recuérdote solemnemente en presencia de Dios y de Cristo Jesús, el cual juzgará a los vivos y a los muertos, al tiempo de su apareamiento y de su reino, que prediques la palabra: que instes a tiempo y fuera de tiempo; reprende, censura, exhorta, con toda longanimidad y paciente enseñanza...sé vigilante en todas las cosas, sufre trabajos, desempeña la

obra de evangelista, cumple bien tu ministerio". (Ten diakonian sou plerophoreson. 2 Tim 4,1-5) . Tal vigilancia y pleroforía pedimos de Dios fijándonos en nuestro Señor que vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos, delante de cuyo tribunal también todos nosotros debemos ser manifestados y podemos responder por lo que hemos proclamado "con corazón y conciencia gozosa e intrépida" como nuestros padres.

Trad. Fr. Lange.

\* - \*\*\*\*\* - \*

### Cómo ha de practicarse la cura privada de almas? (Privatseelsorge)

Si la cura de almas ha de practicarse correctamente, es menester ante todo que el pastor tenga un concepto correcto de sus funciones y obre correctamente. Por eso recuerde cada pastor:

1.:Tú eres pastor (Jer. 3,15. 23,4 Ef.4,11) , eres atalaya y obispo, esto es, vigía (Ezequ. 3,17ss. 33,7ss. Hebr.13,17 Lech.20,28. 1.Ped 5,1ss.), eres coadjutor de Dios (1.Cor. 3,9.) En consecuencia tu deber es conocer a tus feligreses, no solamente al grupo en general, si no también a cada uno en particular; debes velar fielmente sobre ellos y ocuparte diligentemente en la salvación de almas, porque tendrás que dar cuenta de ello (Ezequ. 3 y 33 , Hebr. 13,17).

2.:Por eso compórtate frente a tu congregación como si debieras llevar a cada miembro de ella contigo al cielo (1.Tim.4,16).

3.:Por eso en la cura privada de almas también debes enseñar a los ignorantes, castigar a los pecadores, advertir seriamente a los que andan en seguridad carnal, reprender a los errantes, consolar a los atemorizados, confortar a los débiles, animar a los inertes, robustecer